

Daniel Aquillué

ESPAÑA CON HONRA

Una historia del siglo XIX español
1793-1923

Índice

| | |
|---|-----|
| <i>Una cronología para no perderse</i> | 11 |
| Prólogo. <i>Mirar al XIX</i> | 13 |
| 1. GUERRA A LA REVOLUCIÓN Y GUERRA TOTAL, 1793-1815 ... | 17 |
| La última guerra dieciochesca | 18 |
| Godoy: un odiado e ilustrado hombre de estado | 23 |
| Tormentas entre Trafalgar y Buenos Aires | 30 |
| Del motín en Madrid a la guerra desde Cartagena | 35 |
| Napoleón no era Robespierre a caballo | 40 |
| Guerra de la Independencia, guerra internacional | 45 |
| La primera guerra total | 49 |
| Cero días en Viena y cien en los Pirineos | 53 |
| 2. JUNTAS, BARRICADAS Y ARRASTRE: LA REVOLUCIÓN | |
| ESPAÑOLA, 1808-1854 | 59 |
| Revolución sin democracia en Cádiz | 61 |
| Pronunciamientos muy románticos | 66 |
| España, sede de la internacional liberal | 72 |
| El punto de inflexión: la Revolución Española | |
| de 1836 | 76 |
| El arrastre, la «guillotina» española | 83 |
| Armas y votos: la Milicia Nacional | 87 |
| Espartero, el parlamentarizador | 91 |
| Politización popular: un ejemplo maño | 94 |
| Las barricadas de 1848 y sus ecos de 1854 | 100 |

| | | |
|----|--|-----|
| 3. | LAS CARAS DE LA CONTRARREVOLUCIÓN: REALISMO Y CARLISMO, 1814-1876 | 107 |
| | Fernando VII: de la popularidad al desencanto | 108 |
| | Realismo popular | 114 |
| | Carlistas de España | 118 |
| | El momento que lo pudo cambiar todo: | |
| | 12 de septiembre de 1837 | 122 |
| | La guerra que no acabó en Vergara | 126 |
| | <i>Carlist Wars</i> : episodio II | 128 |
| 4. | DE IMPERIO A NACIÓN, 1808-1837 | 133 |
| | Independencia... de Napoleón | 134 |
| | Sueño nacional hispanoamericano | 137 |
| | Guerras civiles y revolución en América | 141 |
| | Independencia ¿anticonstitucional? | 151 |
| | Forjados en ambos hemisferios y un imperio resiliente | 154 |
| 5. | LA HONRA Y EL GÉNERO, 1831-1869 | 159 |
| | Combatientes y politicómanas, el género al revés | 160 |
| | Viudas poderosas, damas respetables | 165 |
| | El machismo contra Isabel II | 169 |
| | La mujer del porvenir | 172 |
| 6. | REPUBLICANOS Y REPÚBLICA, 1856-1874 | 175 |
| | Desde un señor de Teruel a la insurrección de Loja | 176 |
| | Prim, el de los tristes destinos | 180 |
| | Federalismo, el <i>spin-off</i> de la revolución | 185 |
| | 1873: Cartagena, capital de España | 192 |
| 7. | RESTAURACIÓN, CRISIS IMAGINADA Y CRISIS REAL, 1876-1923 | 199 |
| | La Restauración: ¿un régimen para atraerlos a todos? | 200 |
| | 1898: «Y volvieron cantando» | 204 |
| | Los <i>twitteros</i> de 1898 | 208 |

| | |
|---|-----|
| Marruecos: desastre colonial | 212 |
| Abierto por reformas | 215 |
| 8. ESTADO-NACIÓN EN CONSTRUCCIÓN, 1808-1923 | 221 |
| Croquetas, tortilla de patatas y toros | 222 |
| Una ley electoral para atarlos a todos | 226 |
| O todos o ninguno. Quintas y educación: fabricar españoles | 230 |
| Hacer región es hacer patria | 236 |
| Símbolos que fueron, que son, que pudieron ser | 243 |
| Memoria estética: la nación pintada | 252 |
| Crear provincias, hacer una Hacienda de todos | 261 |
| Desamortización, ferrocarril y desarrollo económico | 263 |
| 9. ANTE EL ESPEJO DE EUROPA, QUE NO ACABA EN LOS PIRINEOS | 273 |
| Qué modelo ni qué rey muerto: Francia cainita | 275 |
| La Francia autoritaria y la masacre de París | 279 |
| El espejismo inglés de la <i>modernidad</i> | 282 |
| ¿Y los vecinos portugueses? | 289 |
| Balance similar del siglo: <i>Spain is not different</i> | 291 |
| 10. BALANCE: ¿QUÉ HA HECHO EL XIX POR NOSOTROS? | 299 |
| <i>Agradecimientos</i> | 303 |
| <i>Bibliografía</i> | 305 |
| <i>Notas</i> | 319 |

Una cronología para no perderse

Reinado de Carlos IV, 1788-1808. Estuvo marcado por los cambios que vivió Francia (Revolución Francesa, 1789-1799; Consulado e Imperio napoleónico, 1799-1815).

- Gobiernos de Manuel Godoy: 1792-1798 y 1801-1808.

Guerra de la Independencia Española, 1808-1814. Los partidarios de Fernando VII, fernandinos, combatieron durante seis años a los ejércitos de Napoleón Bonaparte y su hermano, el rey José I Bonaparte.

- Se reúnen las Cortes de Cádiz, 1810-1813, inicio de la Revolución Española.

Reinado efectivo de Fernando VII, 1814-1833.

- Se inicia con un golpe que restaura el trono absoluto del rey, dando lugar al Sexenio Absolutista, 1814-1820.
- Tiene lugar la segunda fase de la Revolución Española con el Trienio Constitucional, 1820-1823, que acaba con la invasión francesa de los Cien Mil Hijos de San Luis.
- Los últimos diez años de reinado de Fernando VII se conocen como la Década Absolutista. Se independizan los territorios españoles en la América continental.

Minoría de edad de Isabel II, 1833-1843.

- Los primeros siete años están marcados por la Primera Guerra Carlista, 1833-1840 y la fase final de la Revolución Española, siendo regente María Cristina de Borbón.
- Entre 1840 y 1843 es regente el general Espartero.

Reinado efectivo de Isabel II, 1843-1868. Se caracterizó por el predominio de gobiernos del partido moderado, salvo el periodo del Bienio Progresista, 1854-1856. Es la fase fundamental de construcción del estado-nación español.

- Se producen ecos revolucionarios en 1846-1849 y en 1854-1856.

Sexenio Revolucionario, 1868-1874. Se abre con la Revolución de septiembre de 1868. En estos años, el movimiento obrero afín a la Internacional se expandió por España. En ese periodo se ensayará en medio de varias guerras civiles (una de ellas carlista):

- Una monarquía democrática encabezada por Amadeo de Saboya, 1870-1873.
- Una primera República, 1873-1874.

Restauración alfonsina constitucional, 1874-1923. El régimen constitucional de 1876 ideado por Cánovas del Castillo se basó en el turno pacífico entre dos partidos de la familia liberal. Se perdieron las últimas posesiones en América y Filipinas en 1898, pero se inició la colonización del norte de África, con una guerra que condicionaría el siglo xx español. En el reinado de Alfonso XIII se incrementaron las demandas de reformas, democratización política y mejoras sociales.

Prólogo

MIRAR AL XIX

Si miramos el cuadro de *La familia de Carlos IV* pintado por Goya en el año 1800 vemos retratada una proyección de futuro; cual una bola de cristal, pues las pinceladas del pintor aragonés avanzan lo que será el siglo XIX español. Los personajes que serán protagonistas de mil historias que marcarán el devenir histórico de la construcción de un estado-nación en medio de unos convulsos combates entre revolución y contrarrevolución.

Es que en ese óleo que podemos ver en el Museo del Prado está todo. Los reyes de entonces, Carlos IV de Borbón y María Luisa de Parma, quienes encarnaron una monarquía ilustrada del Antiguo Régimen que estalló por los aires en 1808. En aquello tuvo mucho que ver el ahí príncipe de Asturias, futuro Fernando VII, quien conspiró contra sus padres hasta que los derrocó, que mantuvo su cabeza sobre los hombros —cosa que no es baladí en la Europa del momento— consiguiendo morir en la cama como el último monarca absoluto de España. Eso sí, a su muerte se iniciaría una guerra civil en la que uno de los bandos, el carlista, tomó como bandera al infante don Carlos, quien aparece justo detrás de su hermano. El carlismo, de hecho, ha pervivido hasta nuestros días, aunque residualmente.

Pero la cosa no acaba ahí, los personajes retratados por Goya esconden más historia de la España decimonónica. Detrás de Carlos IV aparece su hermano Antonio, presidente de la junta de gobierno que dejó Fernando VII cuando marchó camino de Francia, la misma que manifestó su respeto a la autoridad napoleónica el 2 de mayo de 1808. Día en el que se inició un motín popular en Madrid con el grito de «¡Se nos lo llevan!». Esa frase hacía referencia a un joven infante, Fran-

cisco de Paula, que montó en un carruaje en la plaza del Palacio Real. Y es el niño vestido de rojo que aparece en primer plano. Es más, Francisco de Paula acabaría encarnando la rama favorable al liberalismo dentro de los Borbones españoles, mientras que su hijo, Francisco de Asís, se casaría con Isabel II. Y cabe reseñar, por último, a Carlota Joaquina, hija de Carlos IV, que apenas se ve en el cuadro pero que tuvo un papel importante en los procesos de independencia americanos. Y eso es así porque era, por matrimonio, reina de Portugal. Con toda la corte de los Braganza huyó de las tropas napoleónicas, de Lisboa a Brasil en 1807. Desde allí reclamó territorios del virreinato de la Nueva Plata cuando los Bonaparte se instalaron en el trono español. Además, su primogénita María Teresa casó con el infante don Carlos mientras que su hijo Pedro fue el primer emperador de Brasil y rey constitucional de Portugal.



Francisco de Goya, *La familia de Carlos IV*, 1800.

Y por supuesto, en el cuadro aparece retratado el propio Francisco de Goya y Lucientes quien en su larga vida fue testigo privilegiado de los trepidantes cambios políticos en una Europa que estalló desde la Revolución Francesa iniciada en 1789. Ilustrado, afrancesado y liberal, Goya aborreció la violencia bélica y política que vio durante la Guerra de la Independencia, las disputas entre liberales y absolutistas, el carácter de Fernando VII... Todo lo reflejó en sus *Desastres de la guerra*. Murió en el exilio. Vio y pintó historia de España. Una historia que no solo hicieron los grandes personajes que retrató, sino de la que también fueron constructoras personas comunes, también reflejadas en tapices, óleos y grabados goyescos. Una historia que arrastra como un torbellino de cambios y que hizo de España un país tan excepcional como cualquier otro.

Se ha dicho que todo esto fue peculiar y un fracaso en un país especialmente cainita, un lío inservible e incomprensible. Una complaciente mirada, crítica o sesgada, de que aquí no hubo revolución a la francesa, ni industrialización a la inglesa, ni nación verdadera, solo guerra civil. Este libro pretende demostrar justamente lo contrario, desterrando mitos, tópicos y bulos. La historiografía española e hispanista lo ha hecho ya, pero en el imaginario popular resisten numantidamente esos lugares comunes. Querido lector, te invito a leer las siguientes páginas, adentrarte en una historia realmente fascinante y comprender las acciones de tantos sujetos que forjaron el devenir de la historia contemporánea española.

Si *Guerra y cuchillo* fue el libro que siempre quise escribir, este es el libro que siempre debí escribir para divulgar el largo siglo XIX español, tan excepcional como el de cualquier otro país. En las siguientes páginas se procuran desterrar mitos y poner cada cosa en su contexto histórico.

Así, la Guerra de la Convención la pudo haber ganado la España de Carlos IV, Godoy fue un hombre de estado y nunca fue amante de la reina María Luisa, Trafalgar no fue una batalla decisiva y en ella no se perdió la Armada, el Dos de Mayo no empezó la Guerra de la Independencia que fue también una guerra civil, Fernando VII fue un rey muy popular también tras 1814, la Constitución de Cádiz no era democrática pero España fue centro de los liberales del mundo, un pro-

nunciamento no era un golpe de estado, los carlistas no eran masas ignorantes, España fue de los países más revolucionarios donde el liberalismo se alzó victorioso en 1836 y 1840, la desamortización de Mendizábal fue un éxito y no afectó al campesinado, la Primera Guerra Carlista no fue solo cosa de vascos y navarros, no acabó en 1839 y no hubo tres guerras carlistas sino dos, las guerras de independencia hispanoamericanas fueron guerras civiles españolas, la Revolución de 1868 fue machista, en 1873 había muchos republicanos y el cantón de Cartagena no se independizó de España, la Restauración no fue un remanso de paz pero oligarquía y caciquismo no eran su patrimonio exclusivo. El nacionalismo español fue fuerte en el siglo XIX, hubo industrialización y la economía creció, se construyó el estado-liberal de forma exitosa y España era un país plenamente integrado en la Europa occidental, a pesar de visiones exóticas, con muchas similitudes con sus vecinos Francia y Portugal. De todo ello versa este libro.

La última precisión, antes de lanzarnos a la arena decimonónica, es la cronología elegida. Si 1789-1914 es el largo siglo XIX europeo, se ha escogido aquí un largo siglo XIX español que va de 1793 a 1923, en contraposición a uno corto que habría sido 1808-1898. ¿Por qué estas fechas? Porque en 1793 se hicieron palpables los efectos de la Revolución Francesa en España, no solo con su influencia sino con la acción directa de las armas. Carlos IV declaró la guerra a la Revolución, pero después retomó la alianza con Francia y las reformas de carácter ilustrado. Además, en aquel conflicto se ensayó el discurso de «Dios, patria, rey», de largo recorrido en las filas contrarrevolucionarias, y se vieron las posibilidades de la leva en masa que se ensayó en 1808, año crucial que entenderemos mejor remontándonos a esos años previos. En 1898 no hubo cambio político ni crisis económica, solo crisis de identidad nacional. Sí que se produjo una ruptura en 1923 pues, al dar el poder Alfonso XIII al dictador Miguel Primo de Rivera, se acababa con casi un siglo de regímenes constitucionales. España entraba entonces en el corto siglo XX, iniciado por la posguerra de la Gran Guerra de 1914-1918, que conllevaría la caída de democracias y auge de autoritarismos en medio de guerras civiles europeas. Así pues, vayamos ahora a 1793. Reinaba por entonces Carlos IV...

GUERRA A LA REVOLUCIÓN Y GUERRA TOTAL, 1793-1815

Entre nubes de humo provocadas por los disparos de armas de pólvora negra, avanzan jinetes del regimiento de caballería Farnesio. Han salido de Irún junto a otros 13.000 soldados españoles, cruzado el Bidasoa y atacado el campamento francés junto a Hendaya, llamado «de los Sans-Culottes». Estos soldados a caballo, con sus tricornios y vistosas casacas rojas han dado ya varias cargas. Es el 5 de febrero de 1794. El sargento Vallés está adelantado en observación junto a otros cuatro, cuando, tras un zumbido sordo, una bala de cañón se le lleva el sombrero y, afortunadamente para él, no la cabeza. Tras eso, reciben orden de cubrir la retirada del ejército español. La batalla concluye con 51 muertos y 316 heridos.¹ Aún es una guerra limitada, a la manera dieciochesca, aunque ya se ha enfrentado una leva en masa, francesa, contra un ejército profesional, español. Es la guerra de la monarquía española de Carlos IV contra la república francesa, conocida como Guerra de la Convención, iniciada en 1793 y que se prolongaría hasta 1795. Es el enfrentamiento entre la Revolución Francesa y quienes la combaten desde el Antiguo Régimen.

Quien manda al regimiento Farnesio es el coronel Antonio Amar y Borbón, miembro de la Real Sociedad Económica de Amigos del País. Antonio Amar comanda al Farnesio desde 1789 y ya ha tenido que enfrentarse a problemas logísticos, como la falta de caballos. Antonio es hermano de una de las más señeras ilustradas españolas, Josefa Amar y Borbón, zaragozana preocupada por la educación de las niñas, la cultura y el desarrollo económico del país. Antonio Amar lleva toda la vida dedicada al servicio de las armas, con lealtad a los Borbones españoles. Estuvo en el gran sitio de Gibraltar en 1782, está en

1793-1795 combatiendo a los revolucionarios franceses y, no lo sabe, pero será el último virrey de Nueva Granada, detenido y expulsado por los insurgentes en 1810.

Entonces volverá a una España peninsular enfrascada en una terrible guerra total contra los invasores napoleónicos. Cinco años después de su regreso, una expedición al mando de Pablo Morillo partirá a la reconquista de Nueva Granada. Y en buena medida lo conseguirá. En ella irá un joven Baldomero Espartero, natural de Granátula de Calatrava, que se había alistado en 1808 para combatir a los franceses y que en 1794, cuando los soldados de Farnesio combatían cerca de Irún, apenas tenía un año.

En esa primera guerra contra lo que suponía la Revolución, hay más personajes que nos son y serán familiares, pues al igual que los mencionados, articulan el largo siglo XIX español. El general Francisco Javier Castaños combatió con el Regimiento de África en Navarra y un joven guardia de corps de apenas veinte años llamado José de Palafox veía su primera guerra. Lo sucedido entre 1793 y 1795 se ha visto a veces como preludio de la Guerra de la Independencia de 1808-1814 en la que la España borbónica se levantó contra la Francia de Napoleón Bonaparte. Y es cierto que fue un momento importante en el devenir, pero no hay que ver aquellos acontecimientos teleológicamente, como una línea recta en la que se anunciaba un declive de la monarquía española y una confrontación con los franceses. Nada estaba escrito.

La última guerra dieciochesca

El siglo XVIII había visto un resurgir español, como ha escrito Christopher Storrs, primero con Felipe V de Borbón, quien heredó una monarquía compuesta con un imperio territorial y que nunca aceptó lo firmado en Utrecht en 1713, y después con la agresiva política exterior de Carlos III frente a la monarquía británica. Primero en el Mediterráneo, después en América, la Armada fue una de las claves del poderío español en el mundo. A partir de ella se desarrollaron numerosas operaciones anfibas en Cerdeña, Sicilia, Escocia, las Bahamas o la

Florida. Pero no solo eso, sino que su organización e impulso supuso la progresiva consolidación de un estado fiscal-militar, con una amplia logística focalizada en los grandes arsenales de El Ferrol, Cádiz y Cartagena. Asimismo, la Armada fue el marco en el que se desarrollaron numerosos avances tecnológicos y científicos de carácter ilustrado, con marinos tan famosos como Gravina, Churruca y Félix de Azara. Todo ello ha sido analizado recientemente en las obras de Rafael Torres y de Guillermo Nicieza.

A nivel geopolítico, en el siglo XVIII competían por el dominio de América y Europa tres grandes monarquías compuestas: la española, la francesa y la británica. Las dos primeras estuvieron unidas por lazos dinásticos, con los llamados pactos de familia desde 1733. Sin embargo, todo dio un vuelco a partir del verano de 1789. La Revolución Francesa revolucionó el mundo. Al principio, Carlos IV, rey de España, se mostró cauteloso ante el devenir de los acontecimientos, preocupado por su familiar, Luis XVI, rey de Francia. Pero cuando este fue destronado en agosto de 1792 y guillotinado el 21 de enero de 1793 ya no tuvo opción. Se unió a la coalición de reinos contrarrevolucionarios y declaró la guerra a la revolución. Así, en marzo de ese mismo año entraron en guerra la monarquía española del Antiguo Régimen y la nueva república francesa, dominada por la Convención. Al modo de «guerra civilizada entre caballeros», muy dieciochesco todo aún, hubo declaraciones formales de guerra. Pero en aquel conflicto bélico todo comenzaría a cambiar.

La llamada Guerra de la Convención se desarrolló a lo largo de tres campañas, principalmente primaverales y estivales, entre 1793 y 1795, a lo largo de un frente amplio, aunque centrado en los Pirineos Occidentales (Guipúzcoa y Navarra) y los Pirineos Orientales (Rosellón y Cataluña). La primera campaña fue exitosa para las armas españolas, que tomaron posiciones en el lado francés del Bidasoa y se adentraron en el Rosellón conquistando varias poblaciones. El año de 1794 fue un punto de inflexión, pues las tornas cambiaron en favor de Francia que, a partir del verano, lanzó una contraofensiva con la que invadió Guipúzcoa, Navarra y el Ampurdán. La Paz de Basilea de 1795 puso fin a una guerra en la que los dos contendientes estaban ya exhaustos.

Cuando se inició, solo 8.000 soldados franceses reunidos en torno a Perpiñán podían oponerse a la invasión española del Rosellón. En el otro lado, junto a Hendaya, 16.000. Pronto cambiaron las tornas. A la altura de diciembre de 1793 el ejército francés, provisionalmente a las órdenes de Daoust, contaba con 47.417 efectivos en los Pirineos Orientales. Frente a él, el general Ricardos dirigía a 27.610 hombres. En los Pirineos Occidentales, la relación de tropas era similar, siendo casi el doble de soldados franceses que de españoles. En febrero de 1794, el general Caro contaba bajo sus órdenes con unos 20.000 hombres, de los que la mitad no eran tropa regular sino Milicias Provinciales. Caro consideraba necesarios 35.000 hombres para la defensa del sector fronterizo vasco-navarro, y sin embargo se le enajenaron 7.000 para llevarlos al Rosellón. En un memorial crítico con Caro se ascendió la cifra necesaria para defender con éxito aquel frente, desde Irún al Valle del Roncal, a 40.000.²

La república francesa pudo aportar continuamente nuevas tropas de refuerzo, mientras que la monarquía de Carlos IV tenía problemas para reclutarlas, aun movilizando cuerpos de milicias forales vascas y navarras, o los somatenes y miqueletes catalanes. Y es que los franceses recurrieron a un método de reclutamiento revolucionario: la leva en masa, por la que todo ciudadano se convertía en soldado en defensa de la patria en peligro. Así, miles de nuevos reclutas pudieron utilizarse contra España. En la campaña de 1794 se impuso definitivamente la superioridad numérica del ejército francés con 57.000 soldados. Junto a ello, fue clave la labor que desarrollaron en la inmediata retaguardia francesa los «representantes del pueblo», quienes ejercieron una fuerte presión para movilizar tanto a civiles como militares y conseguir los recursos para el ejército, tanto materiales como humanos, intimidando con la política del terror si era necesario, y dinamizando el esfuerzo bélico francés.

En los Pirineos Occidentales no pasó de ser una guerra de posiciones y escaramuzas en la mayor parte, salvo las ofensivas españolas del 23 de abril de 1793 o la del 5 de febrero de 1794. En el Rosellón, la muerte del competente general Ricardos supuso un serio revés para los españoles, que bajo el mando del conde de la Unión fueron per-

diendo terreno. Este criticado general acabó muriendo en batalla, quedando su cadáver en el campo: «Cae de cabeza; este oficial y algunos soldados procuraron atravesarlo en su caballo, no pueden porque los enemigos cargan y dejan el cadáver, así murió gloriosamente este general elevado prematuramente al mayor empleo militar de España sin otro mérito que la política de saber aparentar».³

Dejando a un lado a los generales, y descendiendo al ras de suelo, la guerra no era algo agradable por muy *caballerosa* y limitada que se teorizase aún a fines del siglo XVIII. Aunque los ejércitos fueran profesionales, salvo el revolucionario francés, la desertión suponía un problema grave para los ejércitos, en una época en la que las monarquías no tenían resortes de control suficiente. El porcentaje de desertiones en los regimientos peninsulares, que fluctuaba del 5 al 7 por ciento, se dobló en la campaña de 1793. Por ejemplo en el Ejército de Cataluña, 1.097 soldados desertaron en 1794. Estas cifras de desertiones son similares a las de otros ejércitos monárquicos del siglo. El problema se mantuvo en los ejércitos nacionales, e incluso se amplió al establecerse el servicio militar obligatorio, tanto en España como en Francia.

A pesar de las desertiones, muchos soldados tenían motivos para quedarse y combatir, ya que no eran sujetos pasivos, ni meros autómatas, ni simples víctimas de la tiranía militar. Esa es la tesis sostenida por Ilya Berkovich, para el siglo XVIII, quien indica como motivaciones para alistarse en el oficio de las armas y mantener la cohesión en batalla: el corporativismo e identidad militar que generan tanto vínculos verticales como solidaridades horizontales, una masculinidad basada en la capacidad de sacrificio que generaba reputación social, una concepción del honor que no era patrimonio exclusivo de la aristocracia, incentivos materiales (soldada y saqueo), la necesidad de mantener la propia vida, las lealtades dinásticas o el patriotismo. En el caso hispano, Carlos IV procuró que los soldados veteranos permanecieran en el ejército, gratificando económicamente su reenganche, con ascensos, retribuyendo su permanencia mediante importantes pensiones de retiro y preferencia para ocupar empleos en la administración civil. Eso suponía motivaciones materiales, económicas y de estabilidad cotidiana. A ello se sumó la idea de camaradería militar como un elemento de

importancia en la cohesión de los ejércitos, posibilitando acciones poco racionales, desde aguantar el mismo fuego en la línea de batalla a lanzarse a una carga. Y más, teniendo en cuenta que las batallas del siglo XVIII, aunque limitadas y caracterizadas por un ritual previo cortesano y casi teatral, fueron especialmente sangrientas, con entre un 30-40 por ciento de bajas por bando, con nada de épica o ilustración entre las nubes de pólvora, las balas de cañón arrancando miembros o alaridos de los heridos.

La Guerra de la Convención fue la *última* guerra dieciochesca, pues todavía se respetó la convención de realizar las campañas entre primavera y otoño, parando la guerra en invierno, ni se persiguió hasta el exterminio al enemigo derrotado. Así lo hizo el general Ricardos tras vencer a los franceses en Trouillás. Junto al respeto del ejército vencido, también existían unas ciertas consideraciones hacia los civiles, que solían quedar al margen de las grandes batallas, si bien se veían afectados por requisas, desplazamientos y asedios si su localidad era una plaza fuerte. En la guerra de 1793-1795, como norma, se respetó a la población civil, por ambos bandos. De hecho, en la primera ofensiva en el Rosellón, los españoles fueron recibidos como libertadores en Saint-Laurent de Cerdans el 17 de abril de 1793. O por el lado contrario, buena parte de los comerciantes de San Sebastián colaboraron con los franceses en 1794-1795. Sin embargo, sí hubo casos de saqueos como el de Eibar el 29 de agosto de 1794, cuando las tropas francesas incendiaron la población.

Para la mayor parte de contendientes del siglo XVIII, la guerra era una larga partida militar, con objetivos limitados, batallas y asedios en las fronteras y que finalizaba por mutuo cansancio y un compromiso diplomático. Y así acabó la Guerra de la Convención, con el ejército francés internado en Guipúzcoa, Navarra y el Ampurdán pero a punto de colapsar por fallos de intendencia y epidemias, mientras que el español preparaba una contraofensiva desde posiciones defensivas en torno a Pamplona y el Ampurdán. España se encontraba en disposición de ganar la guerra, pero no lo sabía. Ambos bandos creían que estaban en peor situación que su contrincante, lo que les llevó a firmar la Paz de Basilea el 22 de julio de 1795, la cual devolvió las fronteras a

su lugar original previo a la guerra. Eso sí, ya se había ensayado, por parte francesa, la fórmula de la leva en masa y la importancia de politizar la causa bélica. En España se tomó buena nota de ello. Un dato: el discurso de «Dios, patria y rey» se enunció por aquel entonces. Tendría largo recorrido con otros conflictos, ya decimonónicos.

Godoy: un odiado e ilustrado hombre de estado

Con uniforme de capitán general, reclinado sobre un sillón mientras mira un papel y tiene el bastón de mando sobre las piernas. Así reflejó Goya a Manuel Godoy en 1801, cuando parecía ser el Napoleón de España. Precisamente, Godoy había sido un beneficiario de la firma del Tratado de Basilea, que había puesto fin a la guerra contra Francia en 1795, recibiendo por ello el título de Príncipe de la Paz. Pero cómo había llegado al poder, quién era y qué hizo. A nivel popular sigue siendo una figura vista como un corrupto, traidor, nefasto gobernante y amante de la reina María Luisa de Parma. Sin embargo, los trabajos del historiador Emilio La Parra han puesto a Manuel Godoy en su lugar en la historia. No más corrupto que otros en la época aunque ambicioso, leal a la monarquía y hombre de estado, impulsor de políticas ilustradas y sin prueba alguna de que fuera amante de la reina. Veamos sus dos periodos de gobierno, el primero como secretario del despacho («presidente del gobierno») entre 1792 y 1798, el segundo como generalísimo entre 1801 y 1808.

Godoy, un hidalgo extremeño, llegó a la corte como guardia de corps. De ahí pasó a regir los destinos de una monarquía imperial en una Europa conmocionada por los sucesos revolucionarios de Francia y el auge de Napoleón Bonaparte. Sus méritos se basaban en su fuerte amistad con los reyes Carlos IV y María Luisa, principalmente, y en estar en el lugar adecuado en el momento indicado. En la política cortesana habían pugnado dos facciones, la de los golillas dirigida por el conde de Floridablanca y la del partido aristocrático, militar o aragonés encabezado por el conde de Aranda. Ambos fracasaron en sus intentos de contener a los revolucionarios del país vecino. El pri-

mero frenó las políticas ilustradas e impuso la censura, el segundo exploró la vía diplomática y se opuso a la guerra que, como sabemos, llegó en 1793. Ante ello, Carlos IV optó por una tercera vía, novedosa: Godoy. Él no se vinculaba a ninguna de las facciones, no era de la alta nobleza y debía todo al favor regio. Por ello, dependía de los reyes, quienes a su vez depositaron todas sus confianzas en el nuevo secretario de despacho.

A pesar de todo, en su primera etapa de gobierno, hasta 1798, Godoy no alteró el sistema tradicional, teniendo una línea continuista en varios aspectos como: retrasar la guerra con Francia, volver a la alianza con esta en cuanto se pudo, y reiniciar las reformas ilustradas. Es más, la Ilustración española llegó a su cénit bajo Carlos IV y no, como se ha dicho, con su mitificado predecesor, Carlos III. Y fue Godoy un gran impulsor, patrocinador, mecenas de todo ello. Su reformismo ilustrado interior se combinaba con buscar el reforzamiento de la monarquía frente a la Iglesia y la alta nobleza, contener cualquier contagio revolucionario, y una política exterior de acercamiento a la Francia del Directorio y del Consulado, con el fin de mantener la integridad territorial del imperio español. En sus posteriores memorias diría que su principio de gobierno, además de ser fiel servidor de la corona, era «pan y luces que traen el pan».

Entre sus múltiples medidas, Manuel Godoy nombró inquisidor general en 1793 a un fraile de ideas avanzadas, Manuel Abad y Lasierra, facilitó la aprobación real de los estatutos definitivos de la Junta de Damas en 1794, reformó las cárceles de mujeres; en 1797 hizo posible la reapertura de un asilo para cubrir la reputación de mujeres de distinción dispuestas a abortar, volvió a permitir la publicación de periódicos tras la censura de Floridablanca de 1791; en 1793 decretó el incremento de las tierras cultivables para aumentar la producción de grano, mismo año en que creó la primera Escuela de Veterinaria; en 1794 aprobó la *Ordenanza general de correo, postas y caminos* y, también, un *Reglamento para el establecimiento de las casas de expósitos, crianza y educación de estos*, creó dos nuevos colegios de cirugía en Burgos y Santiago, fundó una escuela para sordomudos en Madrid, fundó el Museo Hidrográfico y el Jardín Botánico de Sanlúcar de Barrameda, sacó a

Cabarrús de la cárcel y lo rehabilitó, permitió regresar a Olavide y lo protegió de la Inquisición, y mandó realizar un *Censo de Artes y Manufacturas*; creó la Oficina de la Balanza de Comercio en la Aduana de Madrid en 1795, cuando también fundó el Real Colegio de Medicina de Madrid y el Real Estudio de Medicina Práctico-Clínica; instituyó la Dirección de Fomento en 1797, mismo año en el que ordenó hacer un censo de población, patrocinó la traducción de *La riqueza de las naciones* de Adam Smith en 1794, encargó a Juan José Caamaño un tratado para establecer un sistema fiscal único, universal y proporcional en 1797, año en el que asimismo inició la publicación del *Semanario de Agricultura y Artes* para introducir mejoras en la agricultura; en 1796-1797 creó el Cuerpo de Ingenieros de Caminos y Canales y el de Ingenieros Cosmógrafos; en 1798 hizo una primera desamortización de algunas propiedades eclesiásticas... Bajo Carlos IV, aunque no con Godoy en el poder, también se deben señalar otras actuaciones, como la unificación en 1799 de la cátedra de Química Aplicada a las Artes y el Real Laboratorio de Química en una Real Escuela de Química a cuyo frente se puso a Louis Proust.

A todas estas medidas se suma el amparo a expediciones científicas de cariz ilustrado, tanto de españoles como extranjeros, bajo sus etapas de gobierno, habiendo una misma línea, en ese sentido, tanto en el reinado de Carlos III como en el de Carlos IV. Si José Celestino Mutis había iniciado en 1783 su Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada y en 1789, nada más subir al trono Carlos IV, se financió la expedición científica de Alejandro Malaspina alrededor del mundo, no menos fueron las desarrolladas en los años siguientes. Así, en 1803 partió de La Coruña una real y filantrópica expedición para llevar la vacuna contra la viruela a Hispanoamérica y Filipinas, bajo la dirección del médico Francisco Javier Balmis y con la enfermera Isabel Zendal. El prusiano Alexander von Humboldt también se benefició de estas políticas y ambiente ilustrado español bajo Carlos IV, pues en 1799 inició su expedición americana desde el puerto de La Coruña. Finalmente, también podemos señalar la dilatada expedición geográfica y naturalista de Félix de Azara por Paraguay y otras zonas de Sudamérica, que se desarrolló desde 1781, aún reinando Carlos III, hasta

1801, cuando fue llamado de regreso a la España peninsular, estando ya en su segundo gobierno Manuel Godoy. Y no es cosa menor señalar que los trabajos de Azara y Humboldt sirvieron a los de Charles Darwin.

En definitiva, con Godoy los ilustrados se beneficiaron de su protección, impulsó instituciones científicas culturales, alentó la producción científica y cultural, tomó medidas sociales inspiradas en el espíritu utilitarista y filantrópico, propició la libertad económica, desarrolló el regalismo frente al poder eclesiástico y trató de limitar la Inquisición. Y eso solo fue en su primera etapa de gobierno. Cuando entre 1801 y 1808 gobernó como generalísimo, rompiendo con los usos y costumbres de la política e instituciones tradicionales, prosiguió la senda reformista. Ocupó su gobierno en la reforma del ejército. Godoy tuvo especial interés en que la nobleza destinada al ejército recibiera una adecuada educación para desempeñar el oficio militar. Para ello contó con el apoyo y trabajo de prestigiosos militares ilustrados como Tomás de Morla, Antonio Escaño y Gabriel Císcar (uno de los padres del sistema métrico decimal). El impulso educativo también se notó en la creación en 1805 del Real Instituto Militar Pestalozziano, bajo dirección de Francisco Amorós, que era lo más puntero en cuestiones pedagógicas, primando el saber científico, el utilitarismo y el respeto a los niños.

Eso sí, la política ilustrada poco tenía que ver con cualquier atisbo democrático, y menos popular. Más tras los sucesos revolucionarios en Francia, vistos con terror por las élites de toda Europa. Y Godoy no fue menos. Así, cualquier mínima alteración del orden fue reprimida con dureza, por temor a repetir las escenas francesas o las vistas en los graves motines populares en la España de 1766. Con estos precedentes, por señalar un ejemplo, en enero de 1797, Godoy mandó a 5.000 soldados y 12 cañones a Guadalajara para reprimir una huelga de los tejedores de la Real Fábrica de Paños.

Y tampoco hay que olvidar que, siguiendo usos y costumbres de la época, Manuel Godoy amasó una gran fortuna. Sí, Godoy sirvió al Estado y a los reyes, pero a la vez se benefició de estos, acumulando un enorme patrimonio personal en forma de propiedades urbanas y rústicas, rentas, títulos y regalos. No solo escaló honorífica e institucional-

mente, también económicamente, a un ritmo vertiginoso. Además, se preocupó de gestionarlo todo con minuciosidad para sacar los máximos rendimientos. Tal es así que en 1807 su renta anual alcanzaba más de 4,5 millones de reales. Casi nadie en toda la monarquía española superaba tal volumen. Godoy también usó todo esto para la ostentación de su poder, viviendo y mostrando un lujo para deslumbrar a los demás, con la obsesión de afirmar su superioridad sobre la aristocracia tradicional.

Y todo lo consiguió por su papel como hombre de confianza de los reyes, de ambos, Carlos IV y María Luisa, su fiel y leal amigo, aquel en quien podían confiar en esos tiempos turbulentos en que las cabezas de otras monarquías rodaban o se exiliaban, cuando Napoleón ascendía y los británicos querían dominar los mares, mientras en el interior no pocos sectores se oponían a cualquier reforma que afianzase el poder de la monarquía. Emilio La Parra, sin duda el historiador mejor conocedor de Godoy, insiste en señalar que el poder de Godoy le venía por la confianza que en él tenían los reyes, y por su sentida labor al servicio de la corona. Ambos polos se necesitaban. Godoy debía todo a unos reyes que le colmaron de poder, siempre bajo su supervisión, mientras que estos solo podían confiar en él. Los tres en su soledad y responsabilidad hicieron una piña que resistiría hasta 1808.

Entre 1801 y 1808, Godoy recibió un poder absoluto. Primero fue de forma temporal, por la guerra contra Portugal de 1801, que invadió y venció en apenas dos semanas, sin esperar a los aliados franceses. Con el título de generalísimo salió de Madrid el 3 de mayo, llegó el 13 a Badajoz, invadió tierras portuguesas el 19, tomó Olivenza el 20 y después firmó la paz. Un paseo militar. Godoy se quedó con el título de generalísimo de forma permanente. Esto fue una revolución en los procedimientos e instituciones tradicionales de gobierno de la monarquía española. Los ministros (secretarías) y los consejos (el más importante era el de Castilla) quedaban totalmente supeditados al generalísimo Godoy, que estaba situado en el puesto militar y civil más alto, por encima de todos y solo por debajo del rey.

Claro, los contemporáneos solo concibieron que todo el poder le llegase a Godoy por una vía espuria: ser amante de la reina mientras

que el rey era un bobo. Esto venía de lejos, desde los inicios de su primer gobierno en 1792, pero se reactivó con fuerza en 1807-1808 por el partido fernandino, es decir, toda la oposición cortesana, los de Aranda y los de Floridablanca, ahora aglutinados en torno al príncipe de Asturias, futuro Fernando VII. Tan fuerte fue la propaganda contra Godoy y María Luisa que ha llegado hasta hoy, pues en la cultura popular sigue anclado el bulo.

Unos versos de 1808 decían «aunque si el gran Godoy fuese capado/ni músico sería, ni privado», en clara alusión a que todo lo debía a sus artes sexuales, mientras señalaban que «al Monarca trastorna la cabeza, (...) siendo Manuel el amo de su dueño», para traicionar a España como «un segundo Julián». ⁴ Pero fueron otras sátiras anónimas, de 1807, las que más éxito cosecharían, las «seguidillas del ajipedobes», haciendo fortuna esa palabra: «Ya te lo dio Luisa/ pues no te embobes/Que ya has dado bastante/Ajipedobes/Anda Luisa/pronúncialo a la contra/verás qué risa/La corona te ha dado/para que robes/lo haces de maravilla/ajipedobes/anda Luisa/si al revés lo dijeras/verás qué risa». ⁵ Así, el «sebodepija» que Godoy daba a la reina era su motor de ascenso, poder, riquezas para desgracia de España. No se podía ser más explícito en la brutal crítica a las más altas autoridades de la monarquía.

Sin embargo, fue todo fruto de la incisiva propaganda. Una campaña de desprestigio que desde muy pronto tuvo en la diana a la reina María Luisa de Parma, por ser mujer poderosa, por reinar. El historiador Antonio Calvo Maturana lo ha demostrado. La conversión de María Luisa en el paradigma de esposa inmoral, reina indigna y nefasta fue un proceso similar al que vivieron algunas de sus homólogas en aquella época, siendo el caso más significativo el de María Antonieta, reina de Francia guillotizada en 1793. Esta construcción en negativo vino, en el caso de la monarca española, tanto del bando absolutista fernandino como del posterior liberal, interesado políticamente en destruir el Antiguo Régimen, también de forma simbólica, minando la reputación de sus representantes. Sirva como ejemplo cómo el poeta Espronceda se referiría a María Luisa: «Impura prostituta». Y es que ella sirvió como chivo expiatorio que explicaba, para la historia nacional del XIX, la crisis y derrumbe de 1808. También ayudó a extender la imagen nega-

tiva de la reina, el testimonio que dejó la inglesa Lady Holland, inserta ya en el nuevo rol de género burgués de ángel del hogar, quien llena de recato y puritanismo, se sorprendía para mal de la libertad con la que actuaban las aristócratas españolas, incluida la reina. Toda la visión negativa de María Luisa se complementó con el mito de Carlos IV como rey ignorante y de Godoy como valido inepto.

Y es que María Luisa tuvo una influencia política inusual, asistiendo a «los despachos que así lo quiere el Rey». ⁶ Eso no lo pudo tolerar la oposición a Godoy ya comentada. La propaganda llegó a insinuar que fruto del amorío entre Godoy y la reina fueron la infanta María Isabel, nacida en 1789, y el infante Francisco de Paula, que nació en 1794. Esto no tiene sustento histórico alguno, como el de la propia relación de los amantes. Amén de que las fechas cuadran poco, el devenir político que siguió desmiente rotundamente este bulo. Si damos credibilidad a ello, ¿cómo iba a casarse Fernando VII con la presunta nieta de una hija de Godoy, pues eso era María Cristina? ¿Y cómo se decidió casar a Isabel II con el presunto nieto de Godoy? Calvo Maturana es tajante con ello: «Extrapolación ridícula para una leyenda insostenible». ⁷

Muy insostenible históricamente pero que se sostuvo en su momento. Y se sumó a las duras críticas contra Godoy y quien, supuestamente, le permitía hacer de todo. En su segunda etapa al frente del gobierno, alcanzó grandes cotas de poder —generalísimo permanentemente—, y fue convertido en símbolo del despotismo. Tenía enfrente a las dos facciones cortesanas tradicionales. A ello se sumaría buena parte de la población española pues muchas de sus políticas o no se acabaron de aplicar, o llegaron en mal momento, o directamente fueron tremendamente impopulares, como el impuesto al vino o la prohibición de las corridas de toros en 1805. Si bien varias de las medidas eran favorables a burgueses y comerciantes, la situación de guerra continua con el Reino Unido, con el consiguiente bloqueo de comunicaciones marítimas, las dejó en agua mojada y puso a estos sectores también en contra de Godoy.

A finales de 1806 el ambiente ya era muy hostil a Godoy en tertulias, cafés y plazas de todo el reino. Se le criticaba la mala dirección de

la guerra, la situación de crisis económica, su encumbramiento político y por el rumor de querer apartar al príncipe de Asturias. Mientras, ese mismo año, él exponía que los problemas de España eran la desigualdad jurídica y fiscal entre territorios y estamentos, los pocos ingresos de la corona, la imposibilidad de aumentar los impuestos sobre los privilegiados, la interrupción del comercio con América y la abundancia de clero.

Tormentas entre Trafalgar y Buenos Aires

Pero si Godoy tenía soliviantados a aristocracia, burguesía y clero, no menor era el odio que despertó entre la masa de la población, pues las clases populares de la España peninsular sufrieron una tormenta perfecta a comienzos del siglo XIX. Los frutos de la victoria frente a Portugal en 1801 fueron escasos y pronto se marchitaron ante el auge de Napoleón y la agresividad británica, situando a España entre la espada y la pared. Si difícil era la geopolítica, peor eran las circunstancias adversas contra las que poco se podía hacer en aquella época. Y es que entre 1803 y 1805 se dieron una serie de malas cosechas que devastaron los campos de Castilla y epidemias de fiebre amarilla que asolaron las costas del sur y este peninsular.

Las malas cosechas, esencialmente de cereales, comenzaron en 1803, por fenómenos climáticos adversos. Ello conllevó otros tantos dramas. Primero, una pérdida de población en Castilla de hasta un 15 por ciento, después un alza de precios del pan. Esto puso de manifiesto la ineficiencia de los mecanismos de regulación del pan por parte de la monarquía, que había sorteado tempestades anteriores de esa forma. La aguda carestía llevó también a una gran emigración del campo empobrecido a las ciudades, donde quebró el sistema de pósitos de cereal y el sistema de beneficencia quedó absolutamente desbordado. En la villa y corte, en Madrid, un 40 por ciento de su población quedó en el umbral de la pobreza. A todo ello contribuyó también la paralización de gran parte del comercio exterior, especialmente con la América española, por la guerra con Gran Bretaña. Por si fuera poco, en las mis-

mas fechas, en 1804 y 1805, una epidemia de fiebre amarilla causó estragos entre los habitantes de los principales puertos: Cádiz, Málaga, Cartagena, Barcelona... En conjunto, en apenas esos dos años que fueron de 1803 a 1805 hubo un empobrecimiento general de las clases populares de la España peninsular, tanto urbanas como rurales, las cuales culparon de todo a Godoy, politizándose y movilizándose con motivos propios contra él y sus políticas, como han puesto de manifiesto los estudios de Andoni Artola, José Nieto y Álvaro París. Los cuatro jinetes del apocalipsis parecían coaligarse.

A todo eso se enfrentaba desde sus más altos puestos, Manuel Godoy, bajo la atenta mirada de los reyes Carlos IV y María Luisa. Y por si fuera poco, estalló de nuevo la guerra contra el Reino Unido. En el anterior episodio bélico, la situación había quedado encallada en tablas, con las victorias españolas en Puerto Rico y Tenerife en 1797 y la británica en Cabo San Vicente en el mismo año. La frágil paz se consiguió en 1802 con el Tratado de Amiens. Pero poco duró. El ataque británico, sin declaración de guerra ni *casus belli*, a una flota militar y civil española en 1804, con el hundimiento de la fragata *Nuestra Señora de las Mercedes*, obligó a lanzarse nuevamente a las armas. Napoleón proyectó entonces la invasión de la propia Inglaterra, para lo cual sería necesaria la combinada actuación de las armadas francesa y española, la primera bajo mando de Pierre Charles Silvestre de Villeneuve y la segunda de Federico Gravina y Nápoli. Sin embargo, los planes se vinieron abajo por la indecisión, lentitud y mala actuación de Villeneuve quien finalmente encerró a la escuadra combinada en Cádiz, donde quedaron bloqueados, para desesperación de Napoleón. Este enviaría al almirante Rosily para sustituir a Villeneuve, quien en un acto desesperado ordenó salir a la flota, en contra de la opinión española de Gravina y Antonio Escaño, y presentar batalla en circunstancias adversas.

Así pues, llegó el 21 de octubre de 1805, dándose la gran batalla naval de Cabo Trafalgar entre la armada británica al mando de Horacio Nelson y la franco-española con Villeneuve y Gravina al frente. El combate fue duro e igualado. Siguiendo los datos ofrecidos por Guillermo de Nicieza, los franceses sufrieron 2.218 muertos, 1.155 heridos, 500 prisioneros, y 12 navíos prisioneros o naufragados, de los 18

que tenían. Los españoles tuvieron 1.022 muertos y 1.383 heridos, además de 2.500 prisioneros, a los que se sumaban 10 navíos perdidos inicialmente, de los 15 participantes. Eso sí, 3 navíos serían recuperados. Por el otro lado, los británicos padecieron, oficialmente, 449 muertos, incluido Nelson, 1.241 heridos, aunque en realidad pudieron ser el doble, y quedaron, al menos, 11 navíos en un estado tan deplorable que en Gibraltar llegaron a pensar que habían sido derrotados.

Hugo O'Donnell señala cómo la batalla de Trafalgar fue poco trascendental para el desarrollo de la guerra. Guillermo de Nicieza va más allá y afirma que fue una mera victoria pírrica para Gran Bretaña. Aunque el resultado hubiera sido distinto, los británicos seguían teniendo suficientes fuerzas navales para evitar el cruce del Canal de la Mancha por cualquier invasor. Sin embargo, para la opinión pública británica, la victoria en Trafalgar tuvo un impacto psicológico enorme, alejando el fantasma de invasión francesa y, además, fue usada enormemente como elemento de propaganda de guerra nacional. Nelson fue convertido en mártir, la batalla, en lugar de memoria. En Francia, se minimizaron los hechos, y la responsabilidad recayó en el almirante Villeneuve, que murió. Napoleón palió la derrota naval con fulgurantes victorias en el continente: Ulm y Austerlitz. Sin suficientes fuerzas navales para operar ofensivamente, sencillamente recurrió a la guerra económica contra el Reino Unido: en 1806 decretó el bloqueo continental. El comercio europeo quedaba, teóricamente, cerrado a los británicos.

Para España, Trafalgar se ha considerado a veces como un punto de inflexión, una gran derrota que supuso el fin de la Armada y del imperio. No fue así, o no exactamente así. Guillermo Nicieza considera que el momento clave fue en 1808, cuando todo se destinó a las fuerzas terrestres con el desarme de la Armada; Hugo O'Donnell indica que fue la derrota de Cabo San Vicente en 1797 y la renuncia a construir nuevos navíos; Rafael Sánchez lo lleva a 1793 y el inicio de la guerra contra la Convención Francesa cuando ya se paralizaron todos los planes navales de la monarquía española. En verdad, son las tres fechas combinadas. En 1793 se paralizó el presupuesto naval, en 1797 se renunció a llevar la ofensiva y en 1808 la guerra en el seno del terri-

torio español peninsular obligó a centrar todos sus esfuerzos ahí, hasta desembarcando las piezas artilleras de los navíos a tierra y dejando pudrirse estos, muchos reducidos a terribles pontones para prisioneros franceses.

Pero desde luego, Trafalgar no fue una debacle irreparable. La Armada había sufrido mayores pérdidas en el sitio de La Habana en 1762 cuando perdieron 14 navíos y 1 fragata. En la batalla de Trafalgar, los españoles perdieron 10 buques, pero poco después se armaron los navíos *Terrible*, *Vencedor*, *San Fulgencio*, *Castilla* y la fragata *Flora*. Además, el 14 de junio de 1808 se apresarían las embarcaciones francesas que se encontraban en la bahía de Cádiz desde 1805. Lo que sí supuso, fue la pérdida de vidas, además de la sufrida marinería, de oficiales ilustrados que se fueron a la tumba con su saber, como Churruca y Gravina. A pesar de ello, al igual que había sucedido con Felipe V tras la derrota de Cabo Passaro en 1718 o con Carlos III tras la Guerra de los Siete Años, la Armada se podría haber repuesto. Esa fue la intención del propio Carlos IV y Manuel Godoy, desde 1807 almirante general. Pero las circunstancias financieras de la monarquía española en esos años y, especialmente la quiebra de 1808-1814 lo impidieron y echaron a perder a casi toda la Armada. A pesar de ello, en 1815, España aún sería capaz de organizar una gran expedición a ultramar. Lo que sin duda supuso Trafalgar, fue resquemor hacia los entonces aliados franceses y un mayor descrédito para Godoy, al que se le hacía culpable también de este mal.

Así las cosas, la monarquía británica, sus ministros y *lobbies* se envaletonaron y proyectaron una política ofensiva contra posesiones españolas. Tras los fracasos previos en Tenerife y Puerto Rico en 1797 y Ferrol en 1800, una gran expedición se dirigiría a tomar el virreinato del Río de la Plata, es decir, Montevideo y Buenos Aires. Son las conocidas como Invasiones Inglesas de 1806 y 1807.

El primer embate fue el 25 de junio de 1806 cuando los británicos, al mando de Riggs Popham y Carr Beresford, desembarcaron en Quilmes. Dos días después se apoderaron de Buenos Aires, ante el abandono de las autoridades, ya que el virrey Rafael Sobremonte huyó sin ofrecer resistencia. Esto supuso su descrédito. Sin embargo, desde Montevideo

se organizó la defensa y contrataque. Los encargados de ello fueron el gobernador Pascual Ruiz y el militar Santiago Liniers, quienes agruparon a las tropas regulares y las milicianas. De forma paralela, en el Perdriel, a unos 20 kilómetros de Buenos Aires, se estableció un campamento bajo la dirección de los comerciantes Felipe de Sentenach y Gerardo Esteve. Allí se reunieron unos 1.000 paisanos, mandados por Juan Martín de Pueyrredón, que fueron derrotados el 1 de agosto.

Sería el día 4, cuando los 550 soldados y 400 milicianos dirigidos por Liniers iniciaran la contraofensiva. Entonces se les unieron los paisanos armados y, unidas ambas fuerzas españolas, reconquistaron Buenos Aires el 12 de agosto de 1806. Ese día, ayudados por el vecindario bonaerense, obligan a rendirse a los invasores de Beresford, que se encontraban atrincherados en el fuerte. A partir de entonces, se inició un proceso de militarización de la sociedad rioplatense, presta a la defensa de su territorio. Liniers fomentó la creación de milicias de criollos y peninsulares: tres batallones de patricios (de la propia ciudad), uno de arribeños (provincias del norte), uno de infantería y cuerpo de artillería de naturales y castas (separados internamente en indios, pardos y negros libres), una compañía de granaderos de Liniers, cinco tercios de peninsulares (vizcaínos, andaluces, gallegos, catalanes y cántabros). Por otro lado, el cabildo de Buenos Aires se abrió a más sectores sociales y aumentó su poder. Este creó su propio cuerpo artillero, el de Patriotas de la Unión.

A finales de 1806 llegó un nuevo ejército británico, sumando 12.000 soldados. Asediaron Montevideo, que cayó el 3 de febrero de 1807. Las tropas de Buenos Aires no llegaron a tiempo de socorrer la plaza, lo que sembró la desconfianza entre ambas ciudades. Los bonaerenses culparon de ello al virrey Sobremonte, el cual fue destituido el 10 de febrero, ya que la Real Audiencia nombró a Liniers virrey interino del Río de la Plata. Apoderados de Montevideo, los británicos se prepararon para intentar de nuevo la toma de Buenos Aires. A tal fin llegó el general Whitelocke en mayo, quien ordenó el avance el 28 de junio. En un primer combate, Liniers fue derrotado, recayendo la dirección de la defensa de la ciudad en el alcalde Martín de Álzaga hasta que regresó Liniers con 1.000 soldados de refuerzo. Los defensores se

prepararon para resistir el asalto. En el combate urbano que se desarrolló, con importante participación de milicias populares (7.574 efectivos), la consigna era «vencer o morir». Ante la contundente defensa, los británicos quedan atrapados en la iglesia de Santo Domingo el 5 de julio, rindiéndose el día 7. Así, los británicos abandonaron tanto Buenos Aires como Montevideo. Todo este nuevo aparato militar defendió Buenos Aires con éxito en 1807, pero fue más allá. No quedó disuelto y jugaría un papel político de primer orden.

Y entre aquellos defensores del Río de la Plata en 1806 y 1807 se encontraba Mariano Renovales. Este vasco había llegado a Buenos Aires en 1790 y en 1793 había iniciado su carrera militar como cadete en un regimiento de caballería. Así, había participado como escolta de una expedición del ilustrado Félix de Azara en 1796. En 1806 participó en el combate del Perdriel, bajo mando de Pueyrredón, y en la reconquista de Buenos Aires. Al parecer, en 1807 mandó los Húsares de Pueyrredón, en ausencia de su comandante, en la defensa de la ciudad frente a los británicos. Una experiencia de combate urbano que llevó consigo a su regreso a la España peninsular en la primavera de 1808. Tras pasar por su localidad natal, Arcentales, recalaría en la ciudad de Zaragoza.⁸

Del motín en Madrid a la guerra desde Cartagena

Si hasta las mismas puertas de 1808 la monarquía británica había sido la principal enemiga de la española, todo daría un vuelco de ciento ochenta grados en la primavera de aquel año. Los enemigos pasaron a ser aliados y los aliados a ser los enemigos. Y es que España parecía estar entre la espada y la pared. A finales de 1807, con el Tratado de Fontainebleau, se proyectó una invasión conjunta de Portugal, aliado de Gran Bretaña. Para ello, tropas napoleónicas atravesarían territorio español. De hecho, un cuerpo de ejército al mando de Junot ya lo había efectuado. Le siguieron unos 100.000 soldados más, quienes ocuparon plazas fuertes como Pamplona y Barcelona, además de situarse en torno a la capital, Madrid.

Los opositores a Godoy, cada vez más numerosos, se agruparon en torno a la figura del príncipe de Asturias, Fernando. A partir de ahí se desencadenó la crisis política interna que fue la puntilla a todas las circunstancias adversas ya comentadas. Los fernandinos, leales al príncipe Fernando, se alzaron con la victoria en el motín de Aranjuez entre el 17 y 19 de marzo de 1808. No solo quitaron del medio a Godoy, sino que forzaron la abdicación de Carlos IV y entronizaron a Fernando VII. Y no fue solo cosa de facciones cortesanas, de la nobleza y el clero reaccionario. Hubo una importante participación popular. Buena parte del pueblo puso sus esperanzas de mejora en el nuevo monarca, al que veían como *su* rey, el que ellos habían puesto de una forma casi revolucionaria en el trono.

Sin embargo, Fernando VII lo primero que hizo fue buscar el reconocimiento internacional, es decir, el de Napoleón Bonaparte. Tras su entrada triunfal en Madrid el 30 de marzo de 1808, inició un viaje para reunirse con el emperador, el cual le haría cruzar la frontera y llegar a Bayona. Para entonces comprendió que había caído en una trampa, pero era demasiado tarde. Napoleón no le reconoció como rey de España, sino que le obligaría a abdicar. La corona española acabó en manos de Napoleón quien se la traspasaría a su hermano José Bonaparte, a partir de entonces rey de España e Indias. Era el 6 de mayo de 1808.

¿Qué había sucedido mientras tanto en España en ausencia del rey? Había quedado una junta de gobierno bajo dirección de su tío, el infante don Antonio, vigilada por el mariscal francés Joaquim Murat y sus 30.000 soldados situados en Madrid. A la vez, se desencadenó un ciclo de motines populares, reyertas y violencias entre la población civil española y las todavía aliadas tropas napoleónicas. La población reaccionaba a la presencia de unos intrusos, que cada vez parecían más enemigos que aliados, esos soldados que requisaban suministros, maltrataban a la gente, no respetaban la religión... y se sospechaba que tenían secuestrada la voluntad del deseado rey Fernando VII. Así, 174 soldados napoleónicos fueron asesinados en España en abril de 1808. El fin de este ciclo de violencia popular antifrancesa se produjo el lunes 2 de mayo en Madrid, con un importante motín, el cual fue reprimido con cargas de caballería y fusilamientos ordenados por Murat.

El motín madrileño comenzó junto al palacio real, con el mítico grito de «Se nos lo llevan», en referencia al joven infante Francisco de Paula. Tras un tumulto entre dos centenares de civiles y los oficiales franceses, Murat ordenó disparar a sus tropas sin previo aviso. Se produjo la primera decena de muertes. Entonces, prendió la pólvora por las calles. En la Puerta de Toledo, la Puerta del Sol y la Plaza Mayor combatieron las clases populares, mal armadas, al ejército napoleónico. Este convergió con caballería e infantería desde el perímetro circundante hacia el centro de la ciudad, barriendo a quienes antes se habían dedicado a la caza del francés. Al mediodía, cuando todo parecía haber acabado, un último rescoldo del motín se dio en el Parque de Artillería de Monteleón, donde se aprestaron a resistir civiles y unos pocos militares que desobedecieron las órdenes superiores, encabezados por los capitanes Daoíz y Velarde y el teniente Ruiz. Tras dos horas de refriega, cayeron ante las bayonetas napoleónicas. Llegó entonces el inmisericorde bando de Murat que pretendía ahogar en sangre cualquier nueva intentona contra el orden. Las cifras de bajas en aquellas dos jornadas, motín y represión, varían. En la época, hubo claros intereses en minimizarlas o exagerarlas. Así, Murat señaló la muerte de 200 españoles en combate y 400 fusilados, frente a solo 31 franceses muertos y 114 heridos. Frente a ello, el Consejo de Castilla solo confirmó 104 españoles muertos y 54 heridos. Unos años después, el conde de Toreno cifró en 1.200 el total de muertos entre ambos bandos el 2 y 3 de mayo. Finalmente, los historiadores han cifrado las bajas españolas entre 375 y 408 muertos, y entre 171 y 875 heridos. Entre los fallecidos, 19 mujeres, como Manuela Malasaña, Benita Sandoval y Clara del Rey.

Sin embargo, es necesario precisar e insistir en un aspecto histórico: el 2 de mayo de 1808 no comenzó la llamada Guerra de la Independencia Española (1808-1814). Los graves sucesos de Madrid constituyeron un motín popular, la máxima expresión de violencia antifrancesa del ciclo desarrollado en abril. No hubo unanimidad, apenas unos pocos miles de combatientes en una ciudad de 150.000 habitantes que unas décadas antes, en la Semana Santa de 1766, había visto a cerca de 30.000 amotinados contra Esquilache reivindicando precios justos para el pan. De hecho, buena parte de las élites vieron con ho-

ror a la muchedumbre (mal) armada en las calles madrileñas aquel 2 de mayo, pues les traían a la mente los masivos motines de 1766 y, peor incluso, los fantasmas de la Revolución Francesa. Los militares, salvo honrosas excepciones, no participaron, en muchos casos porque sus propios oficiales ordenaron tajantemente seguir las órdenes del ministro de la guerra, O'Farrill, y mantenerse acuartelados.

Es más, parece obvio pero debemos recordar que el 2 de mayo el rey de España seguía siendo Fernando VII de Borbón y el gobierno legítimamente instaurado por este, la junta presidida por su tío, que no dejaba de llamar a la calma y mantener la amistad con Francia y el ejército bajo mando de Murat, condenando cualquier acto de violencia. El 4 de mayo, fue el propio rey Fernando quien tildó de «facciosos» a los insurrectos en Madrid, a quienes habían perdido «hombres pérfidos» y «agentes de la Inglaterra», llamando una vez más a «la amistad del grande Emperador de los franceses nuestro aliado».⁹

A pesar de la sangre derramada, las repercusiones reales del motín madrileño del 2 de mayo fueron escasas en el corto plazo. Los alcaldes de Móstoles lanzaron ese mismo día un bando llamando a socorrer Madrid, que tuvo cierta difusión, pero no implicó nada más allá de agitar algunas conciencias y sembrar más incertidumbre. Nadie acudió en socorro de Madrid, como en teoría clamaban, ni se levantó en armas contra los ejércitos napoleónicos. El ejército español no hizo ningún movimiento. Es más, como señala Ricardo García Cárcel, no se conserva el texto original del bando de los alcaldes de Móstoles, que fue modificado posteriormente con frases como «La patria está en peligro. Madrid sucumbe víctima de la perfidia francesa. Españoles, venid a salvarla».¹⁰ En Talavera, el alcalde mayor se adhirió al bando, en Badajoz se reunieron las autoridades militares y en Sevilla se produjo inquietud entre la población, pero poco más.

Circularon noticias y rumores, en Oviedo hubo altercados el 9 de mayo, pero en verdad todo el mundo contenía la respiración esperando el desarrollo de los acontecimientos. Nadie preveía, ni francés ni español, una guerra en España. Todavía. Todo comenzó a cambiar poco después. El 6 de mayo se ratificaban las abdicaciones de Bayona. Con ellas, Fernando VII entregaba la corona española a su padre, Carlos IV,

quien a su vez había abdicado en Napoleón Bonaparte. Este reuniría una asamblea de notables españoles y entregaría la monarquía de España a su hermano, José Bonaparte. Parece, según atestigua el historiador Emilio La Parra, que Napoleón tomó su decisión final sobre qué hacer con España entre el 1 y 2 de mayo, como así consta en las cartas que remitió a su cuñado Murat, su lugarteniente en Madrid, aunque la decisión se demoró hasta el 5-6 de mayo, usando como una carta de presión más las noticias que le llegaron del motín del 2 de mayo.

Las noticias circularon, las abdicaciones de Bayona se vieron como inaceptables, se desconoció a Bonaparte y se aclamó a Fernando VII como legítimo rey. Napoleón había traicionado la amistad y confianza española. Surgió entonces el fenómeno juntista, es decir, la formación de juntas locales que reasumían la soberanía en nombre del rey ausente y cautivo. En las zonas libres de ejércitos napoleónicos prendió la mecha de la guerra, levantamiento y revolución. Entre el 22 de mayo y el 2 de junio se levantaron Cartagena, Oviedo, Santander, La Coruña, Valencia, Zaragoza, Sevilla, Málaga, Cádiz, Jaén, Tarragona, Murcia, Lérida... Fueron estas juntas, donde se aglutinaban nobles, funcionarios de la administración real, militares, clero, labradores, comerciantes... quienes declararon la guerra a Napoleón, en nombre de Fernando VII y en representación nacional del pueblo español. Una de las primeras fue Oviedo. El 20 de mayo, a través de la recepción de la *Gaceta de Madrid*, se enteró la mayor parte de la población de las abdicaciones de Bayona, produciéndose manifestaciones contrarias a ellas el día 22, un motín que armó a la población el 24 y la creación de una Junta General del Principado de Asturias el 25. El 22 de mayo también hubo un tumulto en Cartagena, en la cual la población tomó las armas y destituyó al comandante de la plaza. El día 24 fue el levantamiento de Zaragoza y Valencia, el 26 de Santander y Sevilla.

Lo mismo sucedió en la España americana, que vivió idéntico fenómeno juntista en 1808. Por ejemplo, el 21 de septiembre se formó una junta en Montevideo en nombre de Fernando VII, que desconocía al virrey Santiago Liniers, de origen francés y que por entonces se mostraba indeciso ante la crisis abierta, además de enfrentado al cabildo bonaerense. En México reinaron las conspiraciones desde junio,

cuando llegaron las noticias de la España peninsular, propuestas de creación de un junta en agosto y, finalmente, sustituyeron al virrey Iturrigaray por Garibay en septiembre de 1808.

Las juntas se lanzaron al vacío. Muchas juntas no tenían fuerza militar alguna y, sin embargo, las batallas llegarían pronto, apenas diez días después. Las primeras fueron en el Bruc y Valdepeñas, les siguieron Tudela, Cabezón de Pisuerga, Mallén, Alagón, la Poza de Santa Isabel (bahía de Cádiz)... Así, fue entre la última semana de mayo y los primeros días de junio de 1808 cuando se inició la guerra. Una considerable parte de España se levantó en armas contra Napoleón Bonaparte y sus ejércitos.

Napoleón no era Robespierre a caballo

«Muchos fueron los que al rayar el nuevo siglo se imaginaron ver la aurora de una serie de días claros y felices para el mundo de la Europa; (...) Dios envía al mundo, a lo largo de los tiempos, ciertos hombres extraordinarios, unos para remedio y otros para castigo de la tierra. ¿Cuál de estas dos misiones le fue dada al domador y al heredero de la república francesa?», escribió Godoy en sus memorias, desde el exilio.¹¹ Y esos sentimientos había despertado Napoleón Bonaparte tras las convulsiones de la fase más radical de la Revolución Francesa, con los jacobinos de Robespierre en el poder, quienes tuvieron que hacer frente a la cruenta guerra civil de *la Vendée*, a la múltiple invasión de las potencias absolutistas y a las presiones de las clases populares, los *sans-culottes*, que demandaban el control de los precios y una democratización política. Todo ello había alarmado tanto a las monarquías europeas, como la de Carlos IV que declaró la guerra en 1793, como a las élites burguesas francesas que acabaron con los jacobinos con el golpe de Termidor en 1794 e instauraron un directorio en Francia, el cual templó los ánimos revolucionarios y se propuso construir un estado posrevolucionario.

De ahí salió Napoleón Bonaparte, nacido en Córcega en 1769, oficial de artillería de carrera. Empezó a alcanzar notoriedad cuando